

LLAMADA DEL REY AL CID



YÓ el rey la voz del Hada Madrina o la necesidad lo ha obligado a acudir al Cid? Ello es que el rey manda llamar a Mío Cid y le confía sus más importantes empresas.

Una de estas empresas es la de ir a poner orden en Andalucía y cobrar las parias que desde tiempo de Fernando I pagan a Castilla los reyes de Córdoba y Sevilla.

Durante su aislamiento en Vivar, el Cid ha edificado su dicha; con sus manos y las manos de Jimena, ha pasado dos años amasando su felicidad.

En todo ese tiempo raras veces fué a la corte y sólo una vez salió en expedición militar. Una expedición corta hacia Cuenca y de la cual el Cid volvió ensangrentado y triunfante a encerrarse otra vez en sus tierras.

La tierra de sus primeros sueños, de sus primeras proezas. Allí es amo y señor, único dueño.

Sus hermanos Hernan y Bermudo murieron en la oscuridad. En la oscuridad producida por la sombra del gigante. Como ya no son necesarios a la epopeya, podemos dejarlos dormir en paz y hasta aceptar que no hayan existido nunca.

V. HUIDOBRO

En el viejo solar de los Laínez la vida ha tomado la cadencia de las manos de Jimena.

Todas las mañanas el sol sonríe en la cara de dos chicas regordetas y de enormes ojos que son la luz del corazón del Cid.

Jimena le ha dado dos hijas: Cristina y María, y en realidad el alba de Vivar aparece primero en las mejillas de las dos nenas, después sale el sol.

Y andan por los corredores de la vieja mansión unos pequeños pasos vacilantes y unas grandes risas de dientes nuevos y unos inconsolables llantos brotando de una cabecita redonda sembrada de pelusa.

Esas dos mínimas reinas de Vivar hacen perder con sus magníficos desplantes la vetustez al solar. Toda la adusta gravedad de las piedras se diluye en esas pupilas de mar.

Vivar está chocho.

De boca en boca por el pueblo corren las gracias de las chicas y ese año el cura ha bautizado un noventa por ciento de Cristinas y otro noventa por ciento de Marías. La aritmética diría imposible; pero ¿qué puede la aritmética contra la realidad?

Es natural, pues, que la empresa confiada por el rey a Rodrigo no alegre mucho a Jimena. El hombre amado empieza otra vez su terrible vida guerrera. La guerra es la rival de Jimena. Es preciso que toda mujer tenga rival.

El Cid se despide de su mujer y de sus hijas. Nota Jimena que desde ese instante un ritmo guerrero gobierna los nervios de su marido.

Tomó ya el vaivén de las batallas. Un largo estremecimiento bélico recorre las fibras de Vivar. Babiaca huele la guerra y da saltos para desenmohecerse los músculos.

Apenas ha amanecido en las mejillas de sus hijas, cuando el Cid se pone en marcha con sus hombres.

Al llegar a Andalucía se encuentra con que Motamid, rey de Sevilla y vasallo del rey Alfonso, está en guerra con Abdallah, rey de Granada.

Los dos reyes moros se odian desde hace tiempo y ha estallado el conflicto que debía estallar.

El rey Abdallah y los granadinos tienen en sus filas varios caballeros cristianos a su servicio. Se destacan entre ellos el conde García Ordóñez y Fortún Sánchez.

Estos nobles cristianos ayudaban a Abdallah con sus armas y sus riquezas contra Motamid, a pesar de ser Motamid vasallo del rey castellano.

El Cid, cuando supo que el rey de Granada venía contra el rey de Sevilla, montó en cólera y le envió una carta con estas palabras:

A Abdallah, rey de Granada.

Muy señor mío:

He sabido que usted marcha, con un grueso ejército, contra Motamid, rey de Sevilla.

Advierto a usted que siendo Motamid vasallo y pechero de mi rey don Alfonso VI, no puedo permitir semejante ataque ni contemplar con los brazos cruzados que el ejército granadino venga destruyendo sus tierras. El deber de la alianza me obliga a tomar su defensa y a pedir y exigir a usted el retiro inmediato de sus tropas.

Si usted no atiende a mi pedido, me verá forzado a prestar ayuda a los sevillanos y a entrar en guerra contra Granada.

Debo advertirle también que con no poca extrañeza he sabido que se encuentra entre sus generales el Conde

V. HUIDOBRO

García Ordóñez, acompañado de otros caballeros cristianos.

Le agradecería manifestara a esos señores mi extrañeza y comunicarles meditar sobre las consecuencias que ello puede acarrearles.

Esperando tome usted muy en cuenta mis palabras, saluda a usted.

El Cid RUY DÍAZ.

Un inmenso trueno rompiendo las cadenas del cielo puso punto final a esta carta, y el zigzag fosfórico de un relámpago le puso rúbrica.

Así esta carta fué fechada en las nubes.

Al leer el mensaje del Cid, Abdallah lanza una carcajada morisca y lo pasa de mano en mano entre los caballeros cristianos, que le hacen coro en otra quebración de risas.

El rey granadino llama a los mensajeros del Cid y les dice entre burlas:

—Como contestación a ese Cid, podéis decirle que ayer estábamos apenas a unos cuantos kilómetros al interior de las tierras de Motamid, y que mañana habremos llegado hasta el castillo de Cabra.